




CAPÍTULO VIGÉSIMO-TERCERO

La alianza franco-rusa

 En Noviembre de mil ochocientos ochenta y tres, fué nombrado embajador de Francia en San Petersburgo el general Appert, conocido por sus campañas en Africa, en Crimea y en el propio territorio de su patria, en mil ochocientos setenta. Al ser vencida la *Commune*, le correspondió organizar, por ejercer el mando de la subdivisión del *Seine-et-Oise*, los tribunales de guerra encargados de juzgar á los prisioneros y detenidos. Mantúvose entonces, al cumplir sus severas funciones, en el terreno de la equidad y la justicia, y, aunque partidario de la represión legal y completa, su alma generosa cicatrizó no pocas heridas con el bálsamo de su piedad consoladora. Cuando su obra, terrible y delicada, estuvo concluida, no tenía un solo enemigo. A estos antecedentes, unió otro muy favorable para desempeñar la misión que se le había encomendado de estrechar las relaciones amistosas entre Francia y Rusia: su esposa era dinamarquesa, como la soberana del poderoso imperio, que conocía y estimaba á muchos parientes cercanos del general. Con todo, el aislamiento de Francia y el estado político de Europa rodeaban de espinas y dificultades la tarea de Appert, el cual, modesto, como hombre de verdadero mérito, pensaba con zozobra en las consecuencias funestas que podía acarrear á su patria el fracaso de sus gestiones.

Cuando el general tomó posesión de su cargo, no se veían claramente, en la situación de Europa, puntos de contacto entre la República y el imperio de los Czares. El príncipe

de Orloff, embajador de Rusia y antiguo y fiel amigo de Francia, acababa de dejar á París, siendo reemplazado por el barón Mohreinheim, en quien no era posible adivinar aún al ardiente partidario de la alianza de los dos pueblos. Por otra parte, Bismarck hacia titánicos esfuerzos para comprometer á Rusia en el acuerdo austro-alemán. Estas circunstancias eran, sin duda, muy poco propicias al general; mas, ello no obstante, Appert ejerció pronto visible influencia en San Petersburgo. La benevolencia de Alejandro III allanó el camino; pues se había ganado con sus cualidades el afecto del Czar, que encontraba sumo placer en llamarle, retenerlo á su lado y conversar con él, bajo el pie de una cuasi-intimidad, de los asuntos de Francia.

La política radical seguida en aquellos días por el gobierno de la República, no era la más adecuada para hacer pensar al emperador en la posibilidad de una alianza franco-rusa. No se concibe que se fijara en esta hipótesis y venciera sus repugnancias de autócrata, sino ante la consideración de ver aumentarse diariamente las causas de antagonismo que ligaban contra su país, bajo formas más ó menos disfrazadas, á Alemania, Austria, Italia é Inglaterra; y aun así, ciertos actos realizados en Francia debían producirle el efecto de una ducha de hielo. Entre ellos, merece colocarse en primer lugar la gracia concedida al príncipe de Krapotkine, el cual cumplía en Clairvaux la pena de cinco años de prisión, que le impusieron los tribunales franceses por el delito de conspiración. Algunas personas intercedieron en favor del famoso anarquista, y Freycinet prometió indultarle. La noticia voló á San Petersburgo, siendo comentada en los términos más vivos y desfavorables. El general Appert comunicó al ministro la penosa impresión que su ofrecimiento había causado en la corte rusa, repitiéndole conversaciones que con este motivo había tenido y llamando su atención acerca de la responsabilidad que incumbiría á Francia, si, puesto en libertad el rebelde nihilista, el hombre más emprendedor de su partido, asesinaba al emperador ó le hacía matar. Las razones aducidas por el embajador de Francia no convencieron á Freycinet, y Krapotkine fué perdonado. El Czar mostróse muy ofendido por la benevolencia con que se trataba á uno de los enemigos más peligrosos de su corona, y escribió á Mohreinheim una carta donde expresaba su disgusto con tanta acritud que, según se afirma, el diplomático ruso no juzgó prudente dar conocimiento de ella al ministro de la República, el cual, aprovechándose de esta circunstancia, procuró tranquilizar al general Appert, negando fundamento á sus temores. Es indudable, no obstante, que, sin la habilidad con que se condujeron ambos diplomáticos, habría sido difícil evitar un rompimiento.

En mil ochocientos ochenta y seis, el gobierno de la República cometió la torpeza de llamar al general Appert, sin otra razón aparente que la de querer Freycinet contentar á un amigo dándole el cargo que aquél desempeñaba. El Czar, no disimulando su descontento, declaró que, dada la situación actual de las dos naciones, las embajadas eran in-

útiles, y cuando, después de haberse partido Appert, exploró Francia la voluntad del autócrata, indicándole al general Billot para ocupar la vacante, el emperador dijo: «Ni el general Billot, ni nadie»; y al mismo tiempo, Giers hacía saber en París que Alejandro renunciaba á tener por entonces en su corte un embajador de la República, considerando que bastaba, para lo que pudiera ocurrir, con un encargado de Negocios, y ordenaba al barón de Mohreinheim que confiase la embajada á un agente diplomático de esta categoría y se ausentara de Francia. Ternaux-Campans, consejero de la legación francesa en San Petersburgo, recibió las credenciales de encargado de negocios, que le fueron admitidas; pero su situación llegó á ser muy difícil á causa del enfriamiento que se había producido en las relaciones de los dos gobiernos, y cansado de las dificultades con que tropezaba en el desempeño de su cometido, presentó su renuncia al cabo de algunos meses. Más afortunado en esta ocasión que cuando pensó en sustituir al general Appert, Freycinet reemplazó á Ternaux-Campans con el barón de Ormesson, joven diplomático, bienquisto de los republicanos, por la lealtad con que había servido á Gambetta, y de los conservadores, por su origen. Ormesson acometió briosamente la ardua tarea que se le encomendaba. Con su juventud, su inteligencia y sus maneras, conquistóse las simpatías del canciller Giers, á quien manifestó francamente que el fin que perseguía era el restablecimiento de las embajadas. «Espere usted, dijo Giers; cuando llegue el momento oportuno le avisaré». A los quince días escasos de estar en San Petersburgo, Ormesson conseguía ser presentado al emperador, y poco después, anunciaba á Freycinet que el Czar daba orden á Mohreinheim de regresar á París y accedía al nombramiento de nuevo embajador en San Petersburgo. El gobierno de la República, para mostrarse deferente con Alejandro III, le propuso tres nombres, poniendo en primer lugar el de Laboulaye, que, en tiempos del general Le Flô, había sido primer secretario de la legación y encargado de negocios, granjeándose con sus prendas personales y excelentes servicios la estimación de todo el mundo. Entre los tres candidatos, el Czar prefirió al que conocía, y Laboulaye fué nombrado embajador. Acababa de llegar á Madrid con el mismo cargo, y se le llamó inmediatamente. Al comunicarle Freycinet sus instrucciones, no se fijó en ningún punto especial, limitándose á decirle que no debía perdonar medio de reponer las relaciones en su antiguo pie de confianza y cordialidad. Antes de marchar á su destino, Laboulaye fué á despedirse de Grevy: «¿No tiene usted ningún encargo que darme para el emperador, señor presidente?», le preguntó. «Ninguno absolutamente, contestó Grevy. No debemos esperar nada de él». Desde la primera audiencia que Alejandro III concedió á Laboulaye, le habló éste con calor de las razones que aconsejaban la inteligencia entre Francia y Rusia y de las causas que siempre la habían estorbado. En su concepto, los dos países tenían los mismos enemigos; se hallaban expuestos á idénticos peligros, y sus intereses eran comunes. Por desgracia, era difícil poder tratar con Fran-

cia formalmente: la situación política cambiaba allí á cada momento; el espíritu del desorden dominaba en su gobierno. Laboulaye protestó con firmeza y cortesía, diciendo que, por encima de los gobiernos, estaba el alma de Francia, siempre la misma, fuerte con doce siglos de gloria, tan fuerte que, á pesar de las desventuras de la patria, siempre se había levantado de su postración. «Es cierto, observó el Czar: siempre se han repuesto ustedes de sus desastres».

En el gabinete Goblet, que sustituyó al de Freycinet, confiése la cartera de Negocios Extranjeros á Flourens. Bien aconsejado este ministro, trazóse un ideal político, que fué el inspirador de todos sus actos. Tenía por base dicho ideal, entrevisto algunos años antes por Gambetta, cuya muerte, acaecida el treinta y uno de Diciembre de mil ochocientos ochenta y dos, fué para Francia «una derrota sufrida en plena paz», la aproximación de Francia y Rusia, y por coronamiento, la reconciliación de Rusia é Inglaterra, conseguida merced á los buenos oficios de Francia. Ya hemos visto en otro lugar que hubo un momento en que no se juzgó irrealizable este programa. De cualquier modo, mientras Flourens ocupó el departamento de Negocios Extranjeros, Laboulaye tuvo la seguridad de ser comprendido y apoyado. Los sucesos de Bulgaria, ocurridos á fines de mil ochocientos ochenta y seis, demostraron á Rusia su aislamiento y lo necesario que le era estrechar sus relaciones con Francia. Flourens, por su parte, vió que el interés de su país estribaba en secundar francamente la política rusa, y pronto tuvo ocasión de revelar sus intenciones. En efecto, á las pocas semanas de regir las relaciones diplomáticas de Francia, sobrevino un incidente que causó mucha impresión. Delegados búlgaros visitaron las principales cortes europeas, pidiéndoles que influyesen con Rusia para poner término al estado de agitación é incertidumbre que consumía las fuerzas de su patria. En Londres merecieron la más benévola acogida; de allí se dirigieron á Francia, y había curiosidad por conocer la actitud de esta potencia. Flourens se hallaba un tanto perplejo: Inglaterra le enviaba emisarios oficiosos; en el ministerio, entre los funcionarios más respetables, dominaba la opinión de que debía imitarse la conducta del gobierno británico. El ministro se separó al fin de este parecer, y si bien recibió á los delegados búlgaros, á quienes era difícil cerrar la puerta, les instó con bastante dureza á aconsejarse de Rusia, esterilizando de este modo los resultados de su misión. Conmovido Alejandro III con el proceder de Francia, expresó efusivamente su satisfacción á Laboulaye, tratándole desde entonces con más confianza aún que antes. Y debe notarse que Flourens tenía que luchar en su política internacional con la indiferencia de sus compañeros de gabinete. El único de éstos que pensaba como él era el general Boulanger, ministro de la guerra; pero al célebre agitador podía aplicársele nuestro refrán de: «¡Qué amigos tienes, Benito!»; pues con sus imprudencias era capaz de comprometer la mejor de las causas, como que tuvo la osadía de escribir en su nombre propio al Czar solicitando la

alianza de Rusia. Advertido á tiempo Flourens, no sólo impidió que la carta se mandase á su destino, sino que puso el incidente en conocimiento del embajador de Alemania para impedir que Bismarck, si llegaba á enterarse de él por sus agentes, lo calificase de provocación por parte de la República. En cuanto á Grevy, las miras de Flourens le inspiraban el más completo desdén. «Nada conseguirá usted de Rusia, le decía, como nada ha conseguido de Alemania. Nadie quiere nada con nosotros, ni Inglaterra, ni Italia, ni Austria. Después de todo, más vale así, porque no tenemos necesidad de nadie. Resignémonos á no contar más que con Suiza. Si nos estamos quietos en nuestra casa, nadie vendrá á atacarnos». Grevy no salió nunca de este excepticismo tan cruelmente injurioso para el país, cuyo más alto representante era. Cuando el asunto del comisario Schnæbele, que fué detenido en territorio alemán, conducido con esposas en las manos á Novent y trasladado de aquí á Metz, en aquellas horas de angustia en que la sangre fría del público, secundando la acción gubernamental, conjuró el gravísimo peligro que amagaba á Francia, Flourens creyó deber ir todos los días al Eliseo para tener al jefe del Estado al corriente de cuanto pasaba; pues bien, en una de estas visitas, le dijo Grevy: «Mi querido Flourens, las visitas de usted me son agradables de ordinario, más no en las circunstancias actuales. Me parece siempre que va usted á traerme malas nuevas. Mejor es que venga usted con menos frecuencia. Prefiero no ver á usted».

Aunque Alejandro III no se hallara resuelto aún á aliarse con Francia, era evidente que tenía tomado su partido. Al comenzar el año de mil ochocientos ochenta y siete, Bismarck había disuelto el *Reichstag*, que se negara á concederle por más de tres años los aumentos de créditos y efectivo militar que le pedía. Convocóse, en su virtud, al cuerpo electoral, y á fin de influir en su fallo, la prensa de Berlín, explotando la conducta ambiciosa y ligera del general Boulanger, presentó á Francia dispuesta á intentar el desquite. Al mismo tiempo, el canciller se esforzaba en reconquistar con sus halagos y complacencias la perdida amistad del gobierno de San Petersburgo. «Nada nos importan, insinuaba, los asuntos orientales. Haga Rusia lo que quiera en Bulgaria, con tal que nos deje las manos libres en Occidente»; y esperando una contestación favorable á sus indicaciones, activaba los aprestos militares, formaba los cuadros de nuevos batallones y los enviaba á Alsacia-Lorena, como para provocar á su rival. Un estremecimiento belicoso agitó á Europa, que desconfiaba igualmente de Francia y de Bismarck. Pensábase unánimemente que un conflicto en el Rhin originaría una conflagración general, y en todas partes se preparaban á la guerra. Concentrábanse las tropas en Rusia, en Austria, en Hungría, y Bélgica se fortificaba en el Mosa: sólo la República francesa permanecía inmóvil, disimulando sus temores bajo el velo de una impasibilidad fingida. Flourens, que podía emplear la vía diplomática y tomar á Europa por testigo de la falsedad de los agravios alegados por Alemania, se había encerrado en un silencio abso-

luto. Laboulaye se extrañaba de no recibir instrucciones, y un día se decidió á plantear á Giers, en forma vaga y reservada, la grave cuestión de cuál sería la actitud de Alejandro III si Francia era atacada. La respuesta que obtuvo le convenció de que, en el caso presupuesto, Rusia «no se callaría». El ministro de Negocios Extranjeros de la República, á quien Laboulaye comunicó sus impresiones, desaprobó el paso que había dado; pero poco después, viendo arreciar el peligro, le instaba á explorar de nuevo el ánimo de Giers y decía á uno de sus colaboradores: «Nuestra salvación está en manos de Laboulaye.» Rusia, en tanto, había dejado entrever su opinión; pues, contestando á las insinuaciones de Bismarck, declaró que, ante la expectativa de los acontecimientos que parecían avicinarse en la Europa occidental, deseaba mantenerse en situación de intervenir en ellos, y, por consecuencia, tenía el propósito de no comprometerse en Oriente. «La cuestión búlgara no se escapará, decía un periódico ruso; más tarde volveremos á encontrarla.» Comentando estas palabras, agregaba *El Norte*, órgano oficial del gobierno: «Lo más interesante ahora es saber qué convendrá hacer á Rusia, si llega á estallar el conflicto franco-alemán»; y examinando la doble hipótesis de la alianza con Francia y de la alianza con Alemania, concluía afirmando, que el interés y el honor aconsejaban á Rusia quedar en condiciones de poder impedir el anonadamiento de la República por el imperio germánico, si la guerra sobrevenia y Francia era derrotada.

Como saben nuestros lectores, el once de Agosto de mil ochocientos ochenta y siete, se posesionaba el príncipe Fernando de Coburgo del trono de Bulgaria, á pesar de las protestas de Rusia, Francia, Alemania y aun Turquía. Inglaterra, Austria é Italia también protestaron, pero tan flojamente, que el príncipe Fernando sintióse animado á perseverar en su resolución. Al cabo de unos días, el Czar se partió á Dinamarca, según acostumbraba hacer todos los años. En estos momentos, tornaron á circular por Europa graves rumores. Fué entonces cuando Italia, después de haber tomado posición contra Rusia en los asuntos búlgaros, se apercibía á anudar más fuertemente los vínculos de su amistad con Austria y Alemania. Había, por tanto, llegado la ocasión de preguntarse qué juego seguía el príncipe de Bismarck, el cual, habiendo primeramente secundado en apariencia la acción de Rusia en Bulgaria, aproximábase ahora á Austria é Italia, que combatían la política moscovita. En tales circunstancias, un personaje, que sin desempeñar cargo oficial, estaba iniciado en los secretos de las cancillerías, propuso á Flourens la adquisición de varios manuscritos, que dijo ser documentos originales relativos á los asuntos búlgaros. Entre ellos, había dos de capital importancia: uno era una carta del príncipe Fernando de Coburgo á la condesa de Flandes, de la que se deducía que Bismarck, mientras oficialmente rehusaba su beneplácito al príncipe, alentábale en secreto á resistir á Rusia; y el otro, una nota sin firma, que el mismo príncipe afirmaba, en la carta susodicha, haber sido redactada y expedida por el embajador alemán en